

NÚMERO 40

CONTINUACIÓN DE LA 28ª SESIÓN ORDINARIA EL 23 DE SETIEMBRE DE 1893

Presidencia del doctor Uriburu

- SUMARIO—I. Asuntos entrados. Incidente sobre destino de un proyecto á Comisión.
 II. Se resuelve que la Comisión de Peticiones se expida en cuarto intermedio sobre la elección de un Senador por la Provincia de Entre Ríos.
 III. Despacho de Comisiones.
 IV. El señor Senador Guñazú presenta un proyecto de minuta de comunicación al Poder Ejecutivo, aplaudiendo la actitud del Ejército y Armada de la República. Pasa á Comisión debiendo esta expedirse en cuarto intermedio.
 V. El señor Senador Tello presenta y funda un proyecto autorizando una lotería municipal de beneficencia.
 VI. Continúa la discusión del proyecto autorizando á las «Damas de Misericordia», de la Capital, á jugar un millón de pesos en loterías.
 VII. Sanción del proyecto de decreto despachado por la Comisión de Poderes aprobando la elección de un Senador por la Provincia de Entre Ríos, recaída en el doctor don Salvador Maciá.
 VIII. Sanción del proyecto de que habla el número VI.
 IX. Sanción del proyecto, en revisión, acordando permiso á la Sociedad «Damas de Caridad», de la Capital, para jugar un millón de pesos en loterías.

PRESENTES

Anadón
 Barbeito
 Bustos
 De la Fuente
 Doncel
 Echagüe
 Figueroa (F. C.)
 Gil
 Gálvez
 Guñazú
 Igarzábal
 Martínez
 Mendoza
 Ortega
 Paz
 Pérez
 Sal
 Tagle
 Tello
 Vidal
 Yofre

En Buenos Aires, á los veinte
 ocho días del mes de Setiembre
 de mil ochocientos noventa y tres,
 reunidos en la Sala de Lectura el
 señor Presidente y los señores sen-
 adores al margen consignados,
 con inasistencia de los señores Fi-
 gueroa (B.) y Güemes, con licen-
 cia, y el señor Del Pino, con aviso,
 dice el—

Sr. Presidente—Con-
 tinúa la sesión interrumpida
 por el cuarto intermedio. Po-
 drá usar de la palabra el se-
 ñor Senador por Santa Fe,
 después de darse cuenta de
 los asuntos entrados.

I

ASUNTOS ENTRADOS

—La Cámara de Diputados re-
 mite en revisión el proyecto de
 ley sobre la fabricación artificial de vinos.

Sr. Gálvez—Creo que debe ir á la de
 Legislación.

Sr. Presidente—No conozco el pro-
 yecto.

Sírvase leerlo el señor Secretario, á fin de
 que todos nos demos cuenta de él.

—Después de leerse algunos artícu-
 los, dice el—

Sr. Igarzábal—Corresponde á la Co-
 misión de Legislación.

Sr. Figueroa (F. C.)—Viene del
 Ministerio de Hacienda, y esto casi basta
 para demostrar que debe pasar á la Comi-
 sión de Hacienda.

Sr. Pérez—Pido la palabra.

La Comisión de Hacienda tiene á su es-
 tudio los asuntos relativos á la hacienda, al
 presupuesto y los créditos suplementarios,
 trabajo que, en la Cámara de Diputados,
 está distribuido en tres comisiones: la de
 Hacienda, la de Presupuesto y la Auxiliar
 de Presupuesto; sin embargo de esto, toda-
 vía se quiere destinar al estudio de la Co-
 misión de Hacienda este proyecto que, en
 la otra Cámara, lo ha despachado la Comi-

Sr. Presidente—A la Comisión del

lación no tiene casi ningún asunto á su estudio.

Sr. Tagle—Pido la palabra.

Suponiendo que la Comisión de Legislación no tuviera ningún asunto á su estudio, y que, probablemente si no los tiene, es porque ella ha hecho todo lo que le estaba encomendado.....

Sr. Pérez—Bien; pero no tiene asuntos á su estudio; no digo que ella no haga lo que debe hacer.

Sr. Tagle—El señor Senador no sabe lo que hay al respecto, permítame que le diga.

La Comisión de Legislación ha despachado ocho ó diez proyectos que están á la consideración de la Cámara, y entre los cuales figuran códigos, por lo que debe comprender el señor Senador, que esa Comisión ha tenido muchos asuntos á su consideración y ha trabajado mucho.

Sr. Pérez—Pero ahora no tiene, y podría estudiar este asunto.

Sr. Tagle—Este asunto, de ninguna manera puede destinarse á la Comisión de Legislación.

El estudio de todos aquellos asuntos que vienen del Ministerio de Hacienda y que se relacionan con el comercio y la industria, corresponde á la Comisión de Hacienda.

Pudiera suceder que la Comisión de Legislación, por haber trabajado mucho, no tenga asuntos de que tratar en este momento; pero, si el Reglamento de la Cámara ha determinado que este proyecto corresponde á la Comisión de Hacienda, debe ir á ella y de ninguna manera á la de Legislación.

Sr. Gálvez—Podría leerse el artículo del Reglamento pertinente á la cuestión.

—Se lee:

Artículo 56. Compete á la de Legislación examinar y dictaminar sobre todo proyecto ó asunto relativo á la legislación civil, criminal, correccional y mercantil, á la administración de justicia, á la religión, al clero y culto y á la instrucción pública.

Sr. Gil—Que se lea lo relativo á la de Hacienda.

—Se lee:

Compete á la de Hacienda determinar sobre los proyectos de presupuestos, de impuestos, empréstitos, bancos, comercio, moneda y, en general, sobre todo asunto relativo al ramo de Hacienda.

Sr. Figueroa (F. C.)—Viene del Ministerio de Hacienda, y se crea un impuesto.

Sr. Pérez—En casi todas las leyes se crean impuestos. Cuando se discutió la ley de telégrafos, también se creó un impuesto.

Sr. Presidente—Creo que esto podría resolverse por una votación de la Cámara.

Se va á votar si el asunto ha de pasar ó no á la Comisión de Hacienda, entendiéndose que la negativa importa que debe destinarse á la de Legislación.

—Se vota, y resulta negativa.

Sr. Presidente—Pasará á la Comisión de Legislación.

II

Sr. Secretario—La Legislatura de Entre Ríos remite el acta de la elección de un Senador por aquella Provincia, recaída en la persona del doctor don Salvador Maciá.

Sr. Doncel—Pido la palabra.

Hago moción á objeto de que, en un cuarto intermedio, la Comisión de Peticiones examine estos poderes, y si no tiene inconveniente, se expida sobre ellos, para que el Senado se ocupe en seguida de esa elección.

—Apoyado.

Sr. Igarzábal—Es decir, en el cuarto intermedio que tenga la Cámara.

Sr. Presidente—Se votará la moción del señor Senador por San Juan, que ha sido apoyada.

—Se vota, y resulta afirmativa.

III

DESPACHO DE COMISIONES

La Comisión del Interior se ha expedido en los siguientes proyectos de ley, en revisión: 1º aumentando á 80.000 pesos la cantidad votada por ley número 2.935; y 2º mandando practicar los estudios necesarios para facilitar la navegación del arroyo Ramallo. (Provincia de Buenos Aires).

—La de Peticiones se ha expedido en el proyecto de ley, en revisión, acordando 12.000 pesos para la construcción de la catedral del Paraná y del templo de Goya, en Corrientes.

IV

Proyecto de minuta al Poder Ejecutivo Nacional.

El Senado de la Nación vería con placer que V. E. publicara en la orden militar del día, que esta Cámara aplaude con efusión la reciente actitud de todo el Ejército y Armada de la República, que han sabido mantener su fidelidad en el cumplimiento de sus sagrados deberes.

O. Guíñan.

Sr. Guñazú—Pido la palabra.
Seré brevísimo, señor Presidente.

Si, como es mi convicción, hoy como ayer flota en este recinto, siempre vivo é intenso, el amor á la patria, yo me creo excusado de decir nada más como fundamento del propósito elevado y altamente moralizador de esta minuta; y concluyo solicitando de mis honorables colegas, se sirvan prestarle su apoyo en el sentido de que sea tratada sobre tablas, á cuyo efecto hago moción.

—Apoyado.

Sr. Presidente—Está en discusión la moción.

Sr. Igarzábal—Sírvase leer nuevamente la minuta, señor Secretario.

—Se lee.

Sr. Guñazú—Puede la forma de esta minuta ser más ó menos correcta, porque la he redactado un momento antes de entrar á sesión. Así es que aceptaré cualquier modificación que crean conveniente mis honorables colegas.

Sr. Anadón—Pido la palabra.

He apoyado la moción á objeto de tratar sobre tablas esta minuta; sin embargo, después de la segunda lectura que se ha hecho de ella, me surge la duda de si el Senado estará ó no habilitado, si no habrá incorrección ó irregularidad en el procedimiento, cuando se solicita del Poder Ejecutivo que haga constar en la orden militar del día, el contenido de esta minuta.

No quiero hacer otra objeción al respecto; enuncio simplemente la dificultad que se me presenta; y para obviarla y porque no deseo oponerme al pensamiento dominante en su autor, creo que la moción de tratar el asunto sobre tablas, debiera ser modificada en el sentido de que pasara á una Comisión especial, que se expidiera en un cuarto intermedio respecto, á los términos en que está concebida esta minuta.

Sr. Guñazú—Perfectamente; estoy de acuerdo.

Sr. Anadón—Puede pasar á una Comisión especial ó á la del ramo.

Sr. Figueroa (F. C.)—A la de Negocios Constitucionales.

Sr. Anadón—Sí; perfectamente.

Sr. Presidente—¿El señor Senador, entonces, no insiste en la moción de que se trate sobre tablas?

Sr. Guñazú—Pero sí en que pase á Comisión.

Sr. Presidente—La moción de que

pase á Comisión no tendría necesidad de votarse.

Sr. Anadón—Pero para que se expida después de un cuarto intermedio, es necesaria una votación.

—Se vota esta moción y resulta afirmativa.

Sr. Presidente—Pasará á la Comisión de Negocios Constitucionales.

V

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º La Municipalidad de la Capital establecerá la extracción periódica de una lotería de beneficencia.

Art. 2º Los beneficios líquidos que resultasen de las extracciones serán exclusivamente aplicados, un 60 % al sostenimiento de los hospitales y asilos públicos de la Capital federal, y el 40 % restante para cada provincia, con el mismo objeto y por partes iguales, que serán entregadas á las municipalidades de las capitales respectivas.

Art. 3º Queda prohibida la introducción y venta de toda otra lotería en el territorio de la Capital.

Art. 4º Los infractores á lo dispuesto en el artículo anterior, pagarán una multa de mil pesos y sufrirán un arresto de seis meses por cada infracción.

Art. 5º Queda prohibido el expendio de billetes en las calles de la Capital.

Art. 6º Los infractores á lo dispuesto en el artículo anterior, pagarán una multa de cincuenta pesos ó sufrirán, en su defecto, un arresto de ocho días por cada infracción.

Art. 7º El Poder Ejecutivo reglamentará la presente ley.

Art. 8º Comuníquese al Poder Ejecutivo, etc.

Eugenio Tello.

Sr. Tello—Pido la palabra.

La presente sesión continúa la de ayer. Una vez que la honorable Cámara resuelve tratar con preferencia inmediata el proyecto de ley relativo á las loterías, cumpla con el deber de manifestar que el proyecto general de loterías, que caducaba, requería una reforma, como efectivamente lo he hecho de palabra en antecala; pero se me ha manifestado que eso no bastaría y traería dificultades.

Por estas razones es que presento el proyecto del año pasado á la consideración del Congreso, con una modificación que consiste en que la penalidad sea, no simplemente pecuniaria, como se expresaba en aquel proyecto, sino también de prisión.

De consiguiente, y para ser breve, no recordaré los fundamentos que tuve el año anterior, cuando presenté este proyecto, porque esos fundamentos son conocidos de los señores senadores.

Sr. Presidente—El proyecto presentado por el señor Senador pasará á la Comisión de Hacienda.

Sr. Tello—Como la mente de la Cámara se ha manifestado, pues su propósito es el de tratar inmediatamente este asunto, pido, para evitar dificultades, que se repita esa votación para este proyecto.

Sr. Presidente—Ayer se acordó que en tercer lugar se trataría el proyecto del señor Senador. Se considerará cuando llegue la oportunidad.

Sr. De la Fuente—La moción se hizo sobre otro proyecto, no sobre este.

Sr. Presidente—Se va á votar si se coloca el proyecto del señor Senador por Jujuy en el lugar, que se designó ayer al proyecto de loterías.

—Se vota y resulta afirmativa.

VI

Sr. Presidente—Continúa la discusión del proyecto, y con la palabra el señor Senador Anadón.

Sr. De la Fuente—¿Qué se ha resuelto con el proyecto del señor Senador Tello.

Sr. Presidente—Que se tratará el proyecto del señor Senador, cuando llegue su oportunidad.

Sr. Pérez—Pido que se rectifique la votación.

Sr. Presidente—El señor Senador por Jujuy pide la rectificación de la votación que acaba de tener lugar.

—Así se hace y dá el mismo resultado.

Sr. Presidente—Puede hacer uso de la palabra el señor Senador por Santa Fe.

Sr. Anadón—Las consideraciones generales, señor Presidente, que aduje en la sesión anterior, respecto del juego, pudieran ser argüidas de improcedentes, tratándose de la lotería, porque los partidarios de ella establecen una división extraña entre los demás juegos y el que ahora nos ocupa.

Es una distinción más teológica que científica, hablando, por supuesto, de la mala teología.

La lotería, se dice, no es un juego como los otros; es inofensivo; no corrompe á nadie; no hace perder tiempo; todo se reduce

á comprar uno ó varios billetes, guardarlos y vivir de la ilusión algunos días, hasta que se publiquen los extractos.

Además de esto, se gasta lo supérfluo, y cuando, como en la actualidad, se le destina á un objeto piadoso ó de beneficencia, el acto se hace doblemente simpático, porque es una limosna que se distribuye por el pueblo, pues los compradores de billetes saben, que ese dinero se aplicará al subsidio de los menesterosos, al alivio de todas las desgracias.

Se dice aún que es inevitable; la lotería de Montevideo existe hace muchos años, en el país se vende en proporción extraordinaria; nunca se ha podido evitar su introducción; se vende á pesar de las prohibiciones y las leyes que se han dictado especialmente, y el resultado es que los dineros de la República van á costear la subsistencia de establecimientos situados en un país extranjero. Los hospicios orientales viven con todo boato, con la mayor esplendidez á favor de la tolerancia argentina, ó mejor dicho, de la imposibilidad de prohibir en el país aquella lotería, que ya tiene su clientela establecida, y en presencia de este hecho, es indispensable evitar á todo trance que él siga produciéndose y alimentando, si puedo así expresarme, esta pasión, para utilidad de los extraños.

He ahí reducidos á su expresión más simple los argumentos que se aducen para implantar aquí otra vez la lotería.

Yo me propongo demostrar, aunque someramente, que todas estas proposiciones son falsas ó capciosas.

Yo entiendo, señor, que, por el contrario, la lotería es el más falaz y pernicioso de los juegos, como que es el juego al aire libre, el juego en la vía pública, el juego en todas partes, el juego para todas las edades y condiciones sociales, el juego como *alma mater*, diré así, como institución fundamental de esta sociedad adolescente y ya amagada por todos los vicios de la decrepitud.

Los juegos comunes, señor Presidente, exigen la traslación á un sitio dado, el empleo habitual del tiempo, la ocupación casi permanente, la necesidad de ubicarse, permítaseme la expresión, en un lugar determinado, en un establecimiento cualquiera, llámesele club, garito, hipódromo, frontón y por más que, como se ha dicho anteriormente, el favor público proteja, en cierto modo, el juego y lo haya librado de esa nota infamante que pesaba sobre los jugadores en otra época, no hay duda, señor, que es muy difícil consagrarse á esta vida y que aún supuesta la mayor despreocupación de las costumbres, no es fácil despreocuparse

hasta el extremo á que llegan los tahures. Por eso, y relativamente á la gran masa popular, los verdaderos jugadores son siempre la excepción en cualquier país.

Por otra parte, los demás juegos imponen una apuesta igual ó aproximada á la ganancia; el que se detiene ante un tapete ó va á un sport de pelotaris ó caballos, sabe que, si expone diez pesos, por ejemplo, la utilidad que ha de obtener será próximamente la misma, ó el doble, el triple, el cuádruple para los más afortunados. Esto reprime la tentación de suyo, porque el instinto de la conservación actúa: la imaginación está libre de espejismos, y así puede calcularse friamente las probabilidades en contrario, como que faltan estímulos al vicio, espasmos al deseo, intoxicación á los sentidos para comprometer lo cierto en persecución de lo inseguro.

Pero con la lotería se está indefenso. La lotería más bien despierta el ansia, excita enérgicamente los deseos, multiplica millares de veces la esperanza. Y para hacer tangible esta distinción que vengo haciendo, me es necesario, señor Presidente, poner á la vista de mis honorables colegas un ejemplo que no es extraordinario.

Imagínense los señores senadores el efecto de un premio mayor en una fábrica. Hay 500 obreros; la tarea no es fatigosa; la remuneración es suficiente, no sólo para atender á la ordinaria subsistencia, sino para dejar ahorros que una administración previsoría va constantemente acumulando. Allí no hay huelgas, no hay riñas, no hay conflictos; la autoridad nunca tiene ocasión de intervenir en medio de aquella colmena laboriosa.

Pero un buen día se presenta allí un vendedor de billetes de lotería: pondera las excelencias del negocio, se hace lenguas de la felicidad y el cambio extraordinario de situación que se ha operado en cualquier *alorante*, permítaseme este argentinismo, que ha obtenido el premio mayor de la última jugada. Es indudable que alguno ha de tentarse; es condición humana que cuanto se puede obtener sin el esfuerzo es preferible; pero los que se tientan no son, por de contado, los mejores; son los más remisos al trabajo, son los más inclinados naturalmente al vicio. Compran á escote entre varios un billete; pasan algunos días y por desgracia de ellos resulta que el premio mayor les ha salido. Los gananciosos abandonan la fábrica en seguida; empiezan á frecuentar la más próxima taberna; muy luego tienen las primeras entradas policiales; á poco andar ya dejan de regresar á sus hogares por la noche, y algunos meses des-

pues, señor Presidente, esos hombres están perdidos para la sociedad y para sí propios: son ociosos de profesión, son candidatos para el crimen; serán habitantes de la penitenciaría en breve tiempo.

Pero todo esto es lo que se ve, y hay, como decía Bastiat, en todas las cuestiones, lo que no se ve y que ordinariamente es lo más grave. Y lo que en este caso no se ve, señor Presidente, es el efecto del premio mayor en los demás obreros; son las pasiones antes desconocidas; los nuevos sentimientos y apetitos que ahora se despiertan; es la envidia, los celos, la murmuración, la blasfemia también contra la Providencia que así reparte sus dones sin discreción y sin justicia! Lo que en este caso no se ve, son los resortes morales que ayer movían á esos centenares de brazos, ahora rotos; lo que no se ve es la preocupación, son los insomnios, las noches agitadas, es la piedra, valiéndome de una expresión gráfica, la piedra que acaba de arrojar al lago antes sereno de esas vidas! Y no es este, señores senadores, un cuadro imaginario; no es una concepción fantástica: tiene su correspondencia perfecta con los hechos.

Ha ocurrido algo análogo hace muy poco tiempo, en una colonia de Santa Fe. Sus pobladores vivían tranquilos y felices; dos ó tres cosechas prósperas habían satisfecho sus ambiciones por completo; los campos de sembradíos iban extendiéndose más cada día; nuevos edificios surgían por ensalmo en donde quiera, y si algunos de ellos, de los de allende el mar, jugaron alguna vez en su país, los éxitos y las facilidades de la vida americana, les habían hecho desaparecer hasta el recuerdo.

Por razón de sus negocios, dos ó tres de ellos tuvieron, sin embargo, que trasladarse a Rosario: vieron vender allí billetes de lotería; compraron por vía de ensayo, é infelizmente, de vuelta á sus hogares, recibieron el extracto revelador de un premio de mil ó dos mil pesos.

La noticia circuló incontinenti en toda la colonia; los otros no dejaron de probar fortuna, y el resultado fué que, al mes siguiente, se vendían catorce mil pesos de billetes en la colonia que me ocupa.

¿Y por qué señor Presidente? Porque en tales casos y tratándose de este vicio especial, hay que tener en cuenta un factor importantísimo y que ordinariamente se olvida, y este factor, señor Presidente, es la superstición. Si aún entre las personas ilustradas, son pocas las que no creen en el maleficio del número trece, ó del salero que se vuelca en la mesa, ó en la virtud de la herradura que se encuentra, ó en cualquier

otra manifestación de esa tendencia á lo sobrenatural y á lo agorero, que es ingénita en el hombre, ¿qué ocurrirá, señor Presidente, tratándose de la clase ignorante y tratándose particularmente del juego en que los misterios, las combinaciones, las quimeras, las cábalas de la imaginación, hacen constantemente el gasto? ¿No se sabe que entre los jugadores es corriente decir que «están en vena», que «sienten palpito», como lo habrán oído cien veces los señores senadores que me escuchan?

Y esta influencia de la superstición, señor Presidente, es tan determinante, tan imperiosa, tan avasalladora, y el hábito del juego se perpetúa de tal manera, se constituye de tal modo en una segunda naturaleza, que resiste á la prueba del álgebra, resiste á la misma evidencia matemática. Voy á referir un caso típico que lo pone bien de manifiesto.

Arago, el gran geómetra, tenía un amigo de la infancia, abandonado hacía ya muchos años á este vicio. Arago instó, conminó y agotó en vano el repertorio de sus consejos para sustraerlo del abismo, y, ya desengañado, concibió por fin hacerle esta propuesta: que el jugador combinaría todas las formas de martingalas (creo que en la rúleta así se llaman) que había de jugar durante un año, día por día, comprometiéndose el geómetra á decirle desde luego, una vez que conociera las combinaciones discurridas, cuál había de ser al fin del año el monto de sus pérdidas.

El jugador fué fiel al compromiso; cumplió invariablemente su propósito de jugar esas combinaciones, y no otras, y al fin del año fué con toda lealtad y expuso al sabio que su profecía estaba cumplida y cumplida al pie de la letra.—Supongo, le dijo aquel, entónces, que ya estaréis curado. —De ningún modo, contestó, por que si esas combinaciones han fallado habrá otras muchas que pueden inventarse, y aunque me demostrais que todas fracasarán también, seguiría jugando siempre, porque no es una convicción lo que me arrastra: es un impulso.

Se dice, por otra parte, que en el juego de la lotería se gasta exclusivamente lo superfluo, que son los excedentes de la renta, lo que no es indispensable para subvenir á las exigencias de la vida, lo que se destina á la compra de billetes. Tampoco esto es exacto. Los que así hablan, desconocen la debilidad de nuestra especie; no se dan cuenta de las manifestaciones que asume el vicio en espíritus desequilibrados y enfermos que abundan especialmente en nuestra edad, porque la influencia de la superstición nunca es mayor que en las épocas de escepticismo

religioso. Y la razón es obvia: el hombre necesita, por una tendencia íntima de su propia naturaleza, creer en algo, y cuando la luz de la verdad se apaga en él, cree forzosamente en el absurdo, para satisfacer, de cualquier modo, esa exigencia imperiosa de su espíritu.

No se gasta lo superfluo, señor Presidente; la pasión que se alimenta no reconoce límite: no es sólo la ilusión, ni la esperanza, ni la impaciencia porque vuelen las horas que á la extracción preceden, lo que tiene agitados los espíritus: son los cálculos, las combinaciones, las neurosis que surgen con los prestigios del ensueño; y el juego no se satisface con esta forma, y asume otras, y se va al garito, á los frontones, al hipódromo. La plena comprobación de estos asertos, la han dado ya países de más experiencia que nosotros.

Se ha observado años ha y sigue observándose con regularidad infalible todavía, que al aproximarse una lotería de grandes premios, el pan, las verduras, todos los artículos alimenticios, disminuyen considerablemente en su consumo. Esto ha ocurrido y sigue repitiéndose en España y en Italia.

Pero si este hecho se dá allí, donde el ahorro es una virtud, casi una religión de todas las clases de la sociedad, ¿qué ha de pasar entre nosotros, donde la prodigalidad y el despilfarro son casi títulos á la consideración general; entre nosotros, donde el hombre económico, el hombre previsor es un avaro, un miserable, un judío? Calificaciones despreciativas sobran en nuestro vocabulario para deprimir la economía.

Y á este propósito recordaré, señor Presidente, que, hace muy pocos días, leí con emulación sino con envidia, que el año anterior las cajas de ahorro en Francia tenían depositada la suma fabulosa de tres mil quinientos millones de francos, y estos tres mil quinientos millones, están distribuidos en cuotas mínimas, la mayor de las cuales asciende á dos mil francos.

De manera que, aun computándolas á todas de esta suma, resultaría que en Francia hay 1.750,000 depositantes, de á dos mil francos cada uno.

Apliquemos este ejemplo á nuestro país; admitamos, lo que sería más ó menos aproximado á la verdad, que la población francesa es siete veces superior á la argentina, y entonces estos tres mil quinientos millones de francos, distribuidos entre 1.750,000 depositantes, corresponderían entre nosotros á quinientos millones de francos, á *cien millones de pesos oro*, guardados, ahorrados por doscientos cincuenta mil habitantes de la República Argentina.

¡Pero estas son sumas colosales! ¡Doscientas cincuenta mil personas exceden la mitad de la guardia nacional de la República!

Cien millones de pesos oro, trescientos cincuenta millones de nuestra moneda, economizados por la clase laboriosa, ¿qué no representarían para defendernos, para sustraernos á todos los peligros de este despilfarro que empieza en las alturas del poder y llega hasta el tugurio del mendigo?

Vamos á otra objeción: no es posible impedir la venta de loterías extranjeras, no hay cómo evitar su circulación entre nosotros; y se cita como ejemplo concluyente la lotería oriental á que antes he aludido, recordando la prodigalidad, la magnificencia con que está dotado, sobre todo, el hospital de caridad de Montevideo.

Y, á los que esto dicen, yo les preguntaría, señor Presidente: ¿se trata acaso de un pueblo enemigo, adverso, extraño, siquiera indiferente?

No, señor Presidente: porque ese río que aparentemente nos divide, en realidad nos aproxima y nos vincula: ambas naciones tienen el mismo origen; mucho más, de una de ellas podría decirse acaso que ha nacido —como la primera mujer— de uno de los costados de la otra; numerosas calles de ambas capitales tienen el mismo nombre, en rememoración de iguales glorias; hasta sus banderas, en prenda de alianza y de confraternidad, hasta las banderas de ambos pueblos, llevan y llevarán perpétuamente, los mismos colores de su cielo!

¿Por qué entonces, en pueblos identificados de este modo, por qué no provocar una inteligencia á este respecto, por qué no hacer las reclamaciones consiguientes y no influir, si estas reclamaciones no bastaran, no influir con el ascendiente natural y casi irresistible que ejercemos sobre ese país, en el sentido de que se nos ahorre y se nos elimine esa fuente de escándalo y corrupción entre nosotros?

Pero nada de esto es la verdad: estoy solo extremando el argumento; son innumerables los recursos para evitar ese contagio; es la tolerancia, es también la complicidad de las autoridades, la causa principal, más bien la única.

Y permítaseme de nuevo referirme á un ejemplo de la Provincia de Santa Fe.

Hace veinte años que las loterías constituían el azote de aquella sociedad: se jugaban entonces la de Montevideo, que existe, la del Uruguay, otra de Córdoba, y alguna más que no recuerdo. Todas tenían expendio considerable en el Rosario. El abuso llegó al colmo. Se reformaba entonces la Constitución de la provincia, y se prohibió

severamente en su territorio, con tal ocasión, la venta de billetes.

Un hombre, como se dice vulgarmente, de una pieza, don Servando Bayo, era entonces jefe político del Rosario, y después fué gobernador de Santa Fe: en ambos puestos se preocupó de reprimir, hasta de ahogar con severidad casi draconiana este delito, y se produjo, señor Presidente, el resultado: la lotería quedó olvidada, pospuesta, desconocida durante largos años en la Provincia de Santa Fe.

¿Si todo lo puede con nuestras masas la energía!

Y supuesta ahora la sanción de una lotería permanente como la que propone el señor Senador por Jujuy, nos sustraeremos al peligro de que nos invada la lotería oriental?

Nó, señor; ya lo dije antes: la pasión que se alimenta no conoce freno; serán insuficientes los billetes que aquí se expendan; ha de venir siempre la lotería oriental que tiene su clientela asegurada, y han de venir otras en pos de ella: la tentación surgirá en el Paraguay y en Bolivia, países cuyos presupuestos no están equilibrados, y vamos á tener una inundación universal de loterías, como ha ocurrido en otros países, donde la autorización para el establecimiento de loterías nacionales, de loterías únicas, como decían los rescriptos reales, fomentaba, estimulaba y desarrollaba la venta y multiplicación de las extrañas.

Sr. Sal—Parece que el señor Senador está un poco fatigado; podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Anadón—Agradezco al señor Senador, porque en efecto deseo reposar un momento.

Sr. Presidente—Invito á la Cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vueltos á sus asientos los señores senadores, dice el—

VII

Sr. Presidente—Continúa la sesión. Se va á dar lectura del dictamen de la Comisión de Peticiones.

—Se lee:

Honorable Señor:

Vuestra Comisión de Poderes ha tomado en consideración los documentos relativos á la elección de un Senador practicada por la Legislatura de la Provincia de Entre Ríos; y, por las razones que os dará el miembro informante, os aconseja le prestéis vuestra aprobación al siguiente—